

como quieras de ti misma, yo estoy cierta de que está serena y sosegada tu alma, y de que se representan en ella los objetos como son; pero la mía perturbada siempre como la onda agitada los confunde y desfigura. No me atrevo ya á fiarme de nada de cuanto veo y cuanto siento, y á despecho de tan largo arrepentimiento reconozco con dolor que el peso de una antigua culpa es una carga que abruma toda su vida al culpado.

---

CARTA 13.<sup>a</sup>.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA  
SEÑORA DE WOLMAR.

¡POBRE prima, que de tormentos te das sin cesar á ti propia, con tantos motivos para vivir en paz! Todos tus males provienen de tí Israel. Si siguieras tus propias reglas, que en las cosas de afectos solo la voz interior escucharas, y que impusiera tu corazón silencio á la razón, te entregarías sin escrúpulo á la confianza que él te inspira, y no te afanarías á temer, contra

su testimonio un peligro que solo de él puede venir.

Te entiendo, sí, bien te entiendo, Julia mía; mas segura de tí de lo que finges, te quieres humillar por tus pasadas culpas; con pretexto de precaverte de otras nuevas, y tus escrúpulos no tanto son precauciones para lo venidero, como penitencia que te impones por la temeridad que te perdió en otro tiempo. Compara los tiempos, ¡que idea! compara también los estados, y acuérdate de que reprendía entonces yo tu confianza, como ahora reprendo tus temores.

Te engañas, querida niña mía, nadie se deslumbra á sí propio; si es posible que nos atolondremos acerca de nuestro estado no pensando en él, le vemos como él es, así que nos examinamos, y nadie se encubre sus virtudes no mas que sus vicios. Tu dulzura y tu devoción te han dado cierta propensión á la humildad. Desconfía de esa peligrosa virtud que no hace mas que concentrar el amor propio para animarle, y cree que vale mas la noble ingenuidad de una alma recta que la soberbia de los humildes. Si es necesaria la templanza en el recato, también se necesita en las precauciones que este



aconseja, no sea que medidas ignominiosas para la virtud envilezcan el alma, y realizen un peligro quimérico, á poder de atemorizarnos con él. ¿No ves que despues de haberse levantado de una caída es menester tenerse en pie, y que ladearse á la parte contraria es infalible medio de volver á caer? Prima, tú fuiste amante como Heloisa, ahora eres devota como ella: ¡plega á Dios que con mas fruto sea! De veras que si ménos conocido tuviera tu desaliento natural, serian capaces tus temores de ponerme susto á mi tambien; y si tan escrupulosa fuera yo, á poder de temblar por ti me hicieras temblar por mí misma.

Piénsalo bien, amable amiga mia: ¿tú cuya moral tan dulce y fácil es como honesta y pura, no profesas acerca de la separacion de los sexos máximas de una acerba aspereza, y que de tu carácter desdícen? Convengo contigo en que no deben vivir juntos ni del mismo modo; pero mira si no necesitaria esta importante regla muchas distinciones en la práctica, si debe aplicarse indistintamente y sin excepcion á casadas y á solteras, á la sociedad general y á las conversaciones privadas, á los negocios y á las diversiones, y si no deben templanla

alguna vez la decencia y la honestidad que la han dictado. Quieres que en un pais de buenas costumbres, donde para los matrimonios se apetecen consonancias naturales haya asambleas, donde puedan verse, conocerse, y ponerse en harmonía la gente moza de ámbos sexos, pero con mucho motivo les prohibes toda conferencia privada. ¿No debería ser todo lo contrario respecto á las casadas y las madres de familias que no pueden tener interes legítimo ninguno para manifestarse en público, á quienes retienen en lo interior de sus hogares las ocupaciones domésticas, y que á nada deben negarse de cuanto es propio de una señora de su casa? No gustara yo de verte en tus atarazanas dando á gustar tus vinos á los traginantes, ni que dejases á tus hijos para ir á ajustar cuentas con un banquero; pero, ¿si viene un hombre de bien á ver á tu marido ó á tratar con él un asunto, te negarás á recibir á su huésped en ausencia suya, y á ofrecerle tu casa, por temor de hallarte á solas con él? Sube al principio, y se explicarán todas las reglas. ¿Porqué pensamos que deben vivir las mugeres retiradas y separadas de los hombres? ¿haremos á nuestro sexo la injuria de creer que



sea por motivos sacados de su flaqueza, y solamente por evitar el riesgo de las tentaciones? No, querida; tan soeces temores desdichan de una muger de bien, de una madre de familias sin cesar cercada de objetos que mantienen en ella los afectos de honor, y entregada á las mas respetables obligaciones de la naturaleza.

Lo que de los hombres nos separa es la misma naturaleza; que nos prescribe ocupaciones distintas; es aquella dulce y temerosa modestia que justamente sin pensar en la castidad es su mas segura guarda; es aquella cuidadosa y aliciente reserva, que manteniendo en los corazones de los hombres de consuno los deseos y el respeto, es, por decirlo así, el tocado de la virtud. Por eso no están exceptuados de la regla ni los mismos esposos; por eso las casadas mas honestas, generalmente hablando, conservan mas ascendiente con sus maridos, porque con el auxilio de esta prudente y juiciosa reserva sin antojos ni repulsas, saben, en el seno de la union mas tierna tenerlos á cierta distancia, y los impiden que se harten nunca de ellas. Convendrás conmigo en que es tu precepto muy general para no admitir excepciones, y que no estando fundado en una rigorosa obligacion el

misimo bien parecer que le ha establecido puede alguna vez dispensarle.

La circunspeccion que en tus pasados yerros fundas es injuriosa á tu estado presente; nunca se la perdonaria á tu corazon, y apenas si puedo perdonársela á tu razon. ¿Como no ha podido preservarte de un miedo ignominioso el muro que tu persona defiende? ¿como puede ser que mi prima, mi hermana, mi amiga, mi Julia confunda con las infidelidades de una casada delincuente las flaquezas de una soltera en demasia sensible? Mira en torno de tí; no verás nada que no deba enaltecer y sustentar tu alma. Tu marido que tanto de tí presume, y cuya estimacion tienes que justificar; tus hijos que educar en la virtud quieres, y que un dia se gloriarán de que hayas sido tú su madre; tu venerable padre que tanto amas, que se goza en tu felicidad, mas ufano con su hija que con sus abuelos; tu amiga cuya suerte de la tuya pende, y á quien debes dar cuenta de una conversion á que contribuyó; su hija que en tí ha de tomar ejemplo de las virtudes que quieres inspirarle; tu amigo, mas idólatra cien veces de las tuyas que de tu persona, y que todavia mas que tú le temes te respeta; tú



propia finalmente que en tu honestidad la paga de los azares que te ha costado encuentras, y que nunca querrás perder en un instante el fruto de tantas penas; ¡cuantos motivos idóneos para alentar tu denuesto te deben avergonzar de ser osada á desconfiar de tí propia! ¿Pero para responder de mi Julia, que necesito considerar lo que es? Basta con saber lo que fué aun en el tiempo de los errores de que se lamenta. Ha! si alguna vez hubiera sido capaz de infidelidad tu corazón te permitiría que siempre la temieses; pero en aquel mismo instante que desde lejos contemplarla creías, mira que horror te hubiera causado presente, pues que tanto te inspiró cuando pensar en ella hubiera sido cometerla.

Me acuerdo del asombro con que supimos en otro tiempo que hay países donde la flaqueza de una moza enamorada es un delito irremisible, aunque al adulterio de una muger le llamen con el suave nombre de galanteo, y donde se resarcen á cara descubierta, cuando casadas, de la efímera sujeción en que vivieron de solteras. Sé las máximas que sobre este punto reynan en las cortes donde la virtud nada significa, donde todo es una apariencia vana,

donde se borran los delitos con la dificultad de probarlos, y donde la misma prueba es ridícula contra el estilo que los autoriza. Pero tú, Julia, que ardiendo en una fiel y pura llama solo á los ojos de los hombres eras culpada, y de nada tenías que acusarte á la faz del Cielo; tú que en medio de tus culpas te dabas á respetar; tú que abandonada á un desconsuelo impotente nos forzabas á adorar hasta las virtudes que habías perdido; tú que te indignabas de tu propio desprecio, cuando parecía que todo te disculpaba; ¿te atreves á tener un delito habiendo pagado tan cara tu flaqueza? ¿te atreves á tener miedo de que valgas ménos hoy que en tiempos que tantos llantos te han costado? No, querida, lejos de que deban asustarte tus antiguos extravíos deben darte mayor ánimo; arrepentimiento tan amargo no conduce al remordimiento, y quien tanto siente la vergüenza no sabe arrostrar la infamia.

Si una vez tuvo un alma flaca arrimos contra su flaqueza son los que á tí se ofrecen; ¿y si una alma fuerte se pudo una vez sustentar por sí propio que apoyo necesita la tuya? Dime cuales son tus motivos prudentes de temor. Toda tu vida no ha sido otra cosa que una



pelea continua, en que aun despues de tu vencimiento no han cesado de resistirse la obligacion y el honor, hasta que al cabo han triunfado. Ha, Julia! he de creer que despues de tantos duelos y tormentos, doce años de llanto y seis de gloria no te hayan dado fuerza para una prueba de ocho dias? En dos palabras, sé sincera contigo propia; si hay peligro, libra tu persona y sonrójate de tu corazon; si no le hay, es agraviar tu corazon y afrentar tu virtud temer un riesgo imaginario. ¿Ignoras que hay tentaciones afrentosas, que nunca en un pecho honesto tienen cabida, que hasta vergüenza fuera vencerlas, y que las precauciones que contra ellas se toman no tanto humillan como envilecen?

No pretendo que sean sin réplica mis razones, sino solo hacerte ver que las hay contrarias á las tuyas, y esto basta para autorizar mi dictámen. No sigas ni á tí que no sabes hacerte justicia, ni á mí que en tus defectos nunca he visto mas que tu corazon, y siempre te he adorado, sino á tu marido que te ve como eres, y te juzga exactamente segun tu mérito. Propensa como todas las personas sensibles á juzgar mal de las que no lo son, desconfiaba yo de su

penetracion en los secretos de los pechos tiernos; pero desde la llegada de nuestro caminante veo que descifra muy bien los vuestros, y que no se encubre ni siquiera uno de los movimientos que en ellos se excitan á sus observaciones, y hallo que son estas tan atinadas y tan agudas que casi he cejado al otro extremo de mi opinion anterior, y creeria sin dificultad que los sugetos frios que mas consultan sus ojos que su corazon, hacen mas acertado juicio de las agenas pasiones, que las personas petulantes y vivas, ó vanas como yo, que empiezan siempre sustituyéndose á los otros, y nunca saben ver otra cosa que lo que sienten ellas. Sea como fuere, el señor de Wolmar te conoce, te estima, te quiere, y está enlazada su suerte con la tuya: ¿pues que le falta para que fies de él la entera direccion de tu conducta, cuando temes engañarte? Acaso sintiendo que se le acerca la vejez quiere con pruebas capaces de infundirle confianza precaverse de las zelosas inquietudes que de ordinario inspira una muger moza á un marido viejo; acaso requieren las intenciones que tiene que puedas tú vivir en la intimidad con tu amigo, sin asustar ni á tu esposo ni á tí propia; acaso solo quiere darte una prenda de estimacion y



confianza digna de aquella en que te tiene. Nunca debemos negarnos á semejantes afectos; como si no pudiéramos llevar su peso; y, en una palabra, yo por-mi soy de dictámen que no puedes de mejor modo cumplir con la prudencia y la modestia que dejándote guiar en todo por sus luces y su terneza.

¿Quieres sin disgustar al señor de Wolmar castigarte de una soberbia que nunca has tenido, y preservarte de un peligro que ya no existe? Cuando te hayas quedado sola con el filósofo, toma contra él todas las precauciones superfluas que en otro tiempo te hubieran sido tan necesarias; sujetate á tanta reserva como si con tu virtud pudieras todavía desconfiar de tu corazon y del suyo; evita las conversaciones en demasia cariñosas, las tiernas memorias del tiempo pasado; interrumpe ó no tengas largas conferencias á solas; no apartes de ti á tus hijos; no te halles mucho sola con él ni en tu cuarto, ni en el Eliseo, ni en el bosquecillo, no obstante la profanacion: sobre todo toma estas medidas de un modo tan natural que parezcan efecto del acaso, y que no pueda él imaginarse un instante que le temas. Tú gustas de pasearte embarcada, y te privas de esta diversion á

causa de tu marido que teme el agua, y de tus hijos que no quieres exponer; aprovéchate de esta ausencia para tomar este pasatiempo, dejando á tus hijos en guarda de la Paca. Este es el medio de abandonarte sin riesgo á los dulces desahogos de la amistad, y disfrutar en paz de una larga conversacion á solas; bajo la proteccion de los barqueros que tienen ojos y no oídos, y de los cuales no es posible desviarse antes de pensar en lo que se hace.

Tambien me ocurre una idea que á muchos les haria reir, pero que estoy cierta que á ti te agradará, y es hacer, miéntras está ausente tu marido un diario puntual, para enseñársele cuando vuelva, y en todas las conversaciones acórdarte de que se han de insertar en el diario. Verdad es que no creo que fuese provechoso semejante medio para muchas mugeres; pero un pecho ingenuo y que no es capaz de mala fe, tiene contra el vicio muchos recursos que á los otros les faltan. Nada de cuanto para mantener la pureza sirve es despreciable, y las precauciones mas pequeñas son las que las grandes virtudes conservan.

En cuanto á lo demas una vez que ha de verse conmigo tu marido, espero que me diga



las verdaderas causas de su viage, y si encuentro que no sean valederas le disuadiré de que le concluya, ó de cualquier modo que suceda, haré yo lo que él no quiera hacer; puedes contar con ello. Entre tanto ya piensa que tienes mas de lo que es menester para cobrar ánimo para resistir á una pueba de ocho dias. Anda, Julia mia, sobrado bien te conozco para no responder de tí, tanto como de mi misma, y mas todavía. Siempre serás lo que debes y quieres ser. Aun cuando te abandonases á sola la honestidad de tu corazon nada arriesgarías, porque yo no creo en los vencimientos inopinados; es en balde disfrazar con el vano nombre de flaqueza culpas que siempre son voluntarias; nunca se ha rendido muger que no haya querido rendirse, y si pensara que te podía amenazar semejante suerte, créeme, cree en mi tierna amistad, cree en todos los afectos que pueden nacer en el corazon de tu pobre Clara, tendria sobrado sensible interes en preservarte para que á ti sola te abandonara.

Poco extraño lo que te ha declarado el señor de Wolmar acerca de las noticias que tenia ántes de tu casamiento; ya sabes que siempre me lo he sospechado, y mas te diré que no se

han ceñido mis sospechas á las imprudencias de Babi. Nunca he podido creer que un hombre recto y formal como tu padre, y que cuando ménos habia formado sospechas, se pudiese resolver á engañar á su yerno y su amigo: y si exigia de ti con tanto ahinco el secreto, consiste en que era muy distinto el modo de revelarle de su parte que de la tuya, y que sin duda queria dar á esto un giro que chocase ménos al señor de Wolmar, que el que sabia que le darías tú. Pero es menester que despache á tú propio: de todo esto hablaremos mas despacio dentro de un mes.

A Dios, primita, bastante he predicado ya á la predicadora; vuelve á tu antiguo oficio, que hay motivo. Estoy toda inquieta porque aun no estoy contigo. Todos mis nogocios los enredo con la priesa que á despacharlos me doy, y casi no sé lo que me hago. Ha, Chaillot, Chaillot!... Si no fuera yo tan loca!... pero espero que siempre lo seré.

*P. D.* Ahora que caygo; se me olvidaba dar la enhorabuena á tu alteza. Dime por tu vida, ¿tu serenísimo marido es Atteman, Knes, ó Boyardo? Yo por mí creeré que echo por vidas



si te he de llamar la señora Boyarda (1); pobre muchacha! tú que tanto has llorado por haber nacido señora, mira si eres poco afortunada con encontrarte muger de un príncipe. No obstante, aquí para entre las dos, para dama de tanto copete hallo que tus temores son algo plebeyos. ¡No sabes que los mezquinos escrúpulos solo convienen al pueblo menudo, y que todo el mundo se rie de un hombre de buena familia que se pretende hijo de su padre!

---

CARTA 14<sup>a</sup>.

DEL SEÑOR DE WOLMAR A LA SEÑORA DE ORBE.

SALGO para Etange, primita, me había propuesto ver á Vm. á la ida; pero una detención cuya causa es Vm. me precisa á llevar

(1) Sin duda que no sabía la señora de Orbe que efectivamente los dos primeros son títulos de distincion, pero que un Boyardo es un mero hidalgo.

mas priesa, y quiero mas pasar á la vuelta la noche en Lausana, para estar algunas horas mas con Vm. Así como tengo que consultar á Vm. acerca de varias cosas, de que será bueno hablarle de antemano para que tenga tiempo de meditarlo, ántes de decirme su parecer.

No he querido explicar á Vm. mi proyecto acerca del mozo, ántes que hubiera confirmado la buena idea que de él me había formado. Creo que estoy yo bastante seguro de él para confiar á Vm. entre los dos, que este proyecto es el de encargarle de la educacion de mis hijos. No ignoro que esta importante tarea es la obligacion principal de un padre; pero cuando fuere tiempo de desempeñarlo, tendré yo sobrada edad para salir con esta empresa, y con mi genio sosegado y contemplativo siempre tuve muy poca actividad para poder regular la de la mocedad. Además de que por la razon que Vm. sabe (1), no veria sin inquietud Julia que me encargase yo de una funcion que con dificultad desempeñaria á su gusto:

(1) Esta razon no la sabe todavía el lector, pero le rogamos que tenga paciencia.



y como por otras mil razones su sexo de Vms. no es idóneo para estas mismas tareas, toda la ocupacion de su madre será educar bien á su Henrieta; yo la destino á Vm. para el gobierno de casa, conforme al plan que hallará establecido, y que ha aprobado; y mi suerte será la de ver á tres personas virtuosas concurrir á la felicidad de mi casa, y disfrutar en mi vejez un sosiego que será obra suya.

Siempre he visto que mi muger tendria suma repugnancia en fiar á sus hijos de manos mercenarias, y no podido ménos de aprobar sus escrúpulos. Requiere el respetable estado de preceptor tanto talento que no se puede pagar, y tantas virtudes que no son venales, que es cosa inútil buscar uno con dinero. En solo un hombre de sublime ingenio se puede esperar que se hallen las luces de un maestro; solo al mas tierno amigo puede inspirarle su corazon el zelo de padre, y ni se halla el ingenio de venta, ni mucho ménos la fina amistad.

Me ha parecido que su amigo de Vm. reunia todas las prendas necesarias, y si he conocido bien su alma no imagino que haya para él felicidad mayor que la de labrar en estos

hijos queridos la de su madre. El único obstáculo que puedo prever es su afecto á milord Eduardo, que con dificultad le permitirá desprenderse de un amigo tan amado, y á quien tantas obligaciones debe, á ménos que el mismo Eduardo lo exija. Presto esperamos á este hombre extraordinario, y como Vm. tiene mucho imperio en su ánimo, si no desdice de la idea que de él me ha hecho formar, pudiera encargarse de esta negociacion.

Ya posee Vm., primita, la llave de toda mi conducta, que sin esta explicacion pareceria extravagante, y que ahora espero que Vm. y Julia aprueben. La ventaja de tener una muger como la mia me ha hecho usar medios, que con cualquiera otra fueran impracticables. Si la dejo con entera confianza con su antiguo amante, guardada de sola su virtud, fuera un loco si hospedara en mi casa á este mismo amante, ántes de estar cierto de que para siempre habia dejado de serlo; ¿y como me habia de asegurar de ello, si tuviese una esposa con quien ménos pudiera contar?

Algunas veces he visto que se sonreia Vm. de mis observaciones acerca del amor; pero esta vez tendrá Vm. porque hacerme acata-



miento. He hecho un descubrimiento que ni Vm. ni muger de este mundo con toda la sagacidad que á su sexo atribuyen nunca hubiera hecho, cuya evidencia conocerá Vm. sin embargo acaso desde el primer instante, y que mirará como demostrado, á lo ménos cuando le haya podido explicar en que me fundo. Decir á Vm. que mis dos jóvenes están mas enamorados que nunca, sin duda que no es informarla de una maravilla. Afirmar á Vm., por el contrario, que están radicalmente curados; ya sabe lo que pueden la razon y la virtud, y cierto que no es este su mayor milagro. Pero que se hallen ciertos estos dos contrarios al mismo tiempo; que estén mas ardientemente que nunca apasionados uno de otro, y que no reine entre ellos mas que una amistad honesta; que siempre sean amantes sin ser mas que amigos; esto, pienso, es lo que ménos Vm. esperaba, lo que mas dificultad en comprender tendrá, y lo que sin embargo es conforme á la exacta verdad.

Este es el enigma que resulta de las frecuentes contradicciones que ha debido Vm. notar en ellos, tanto en sus conversaciones como en sus cartas. Lo que ha escrito Vm. á Julia to-

cante al retrato me ha servido mas que nada para aclarar el misterio, y veo que nunca están de mala fe, aun desmintiéndose sin cesar. Cuando digo están, hablo particularmente del mancebo, porque de su amiga de Vm. solamente por conjeturas se puede hablar; un velo de modestia y honestidad forma tantas dobleces en torno de su corazon, que ya no es posible que ojo humano penetre en él, ni aun el suyo propio. La única cosa que me mueve á sospechar que le queda por vencer alguna desconfianza, es que no cesa de averiguar consigo propia como haria si estuviese totalmente sana, y lo ejecuta con tanta puntualidad, que no lo hiciera tan bien, si realmente lo estuviera.

En cuanto á su amigo de Vm., que, aunque virtuoso, se asusta ménos de los afectos que le quedan, veo todavia en él todos los que en su juventud primera tuvo, pero los veo sin derecho á que me ofendan. No es de Julia de Wolmar de quien está enamorado, sino de Julia de Etange, y no me aborrece como á posesor de la persona que ama, sino como á robador de la que amó. La muger agena no es su dama; ni la madre de dos hijos su anti-



gua discípula. Es cierto que se le parece mucho, y que con frecuencia le acuerda su memoria. La ama en el tiempo pasado; esta es la explicacion del enigma; quítele Vm. la memoria, y se acabó su amor.

No es esta una sutileza vana, prima, sino una observacion muy sólida; que aplicándola á otros amores, se hallaria acaso mas general de lo que me parece, y pienso que no fuera difícil explicarla en este lance aun por las propias ideas de Vm. Cuando Vm. separó á estos dos amantes era la época, en que habia llegado su pasion al último ápice de vehemencia. Puede ser que si hubieran permanecido mas tiempo juntos poco á poco se hubiesen entibiado; pero conmovida con viveza su imaginacion sin cesar se los ha presentado uno á otro como eran en el punto que se separaron. El mozo no viendo en su dama las mudanzas que eran efecto del progreso del tiempo la amaba como la habia visto, y no como ella era (1).

(1) ¡Qué locas sois vosotras las mugeres con pretender dar consistencia á tan insubsistente y efimero afecto como es el amor! Todo varia en la naturaleza; todo está en un flujo y reflujo con-

Para hacerle feliz era menester no solo dársela, sino volvérsela de la misma edad y en las mismas circunstancias en que se hallaba en el tiempo de sus primeros amores; la menor alteracion á todo esto era disminuir en otro tanto la dicha que se habia prometido. Está mas hermosa, pero ha mudado, y en este sentido ha redundado en perjuicio de él lo que ha grangeado ella, porque está enamorado de la antigua, y no de otra alguna.

El error que le engaña y causa su desasosiego consiste en que confunde los tiempos y se acusa como de un afecto actual de lo que no es mas que efecto de una tierna memoria; pero no sé si no vale mas acabar de curarle que desengañarle: acaso para su cura nos será mas

tinuo: ¿y queréis vosotras inspirar ardores constantes? ¿con qué derecho pretendeis ser hoy amadas porque lo erais ayer? Conservad el mismo semblante, la misma edad, el mismo genio, sed siempre unas mismas, y os amarán siempre, si es posible. Pero mudar sin cesar, y querer que os amen siempre es querer que á cada instante dejen de amaros, y no es buscar pechos constantes, sino pechos tan mudables como vosotras.



provechoso su error que su desengaño. Descubrirle el estado verdadero de su corazón fuera hacerle saber la muerte de lo que ama, y causarle una aflicción peligrosa, porque siempre el estado de tristeza es propicio al amor.

Libre de los escrúpulos que le molestan, daría con mas complacencia pábulo á memorias que deben estinguirse; hablaría de ellas con ménos reserva, y no están de tal manera borrados los lineamentos de Julia en la señora de Wolmar, que á poder de buscarlos no los pudiera encontrar todavía. He pensado que en vez de sacarle de la opinion de los adelantamientos que cree que ha hecho, y que le sirve de estímulo para dar cima á su empresa, era menester hacer que perdiese la memoria de tiempos que debe olvidar, sustituyendo con maña otras ideas á las que para él son tan preciosas. Vm. que contribuyó á dar origen á las primeras puede mas que nadie contribuir á borrarlas; pero hasta que se venga á vivir para siempre con nosotros no quiero decir á Vm. al oído lo que para eso ha de hacer, y es carga que, si no me engaño, le será bastante llevadera. Entre tanto procuro yo acostumbrarle con los objetos que le amedrentan, presentán-

doselos de manera que no sean peligrosos para él. Es un mozo ardiente, pero débil y fácil de dejarse guiar, y me aprovecho de esta caulidad, alucinando su imaginación. En vez de su dama le fuerzo á que vea siempre la muger de un hombre de bien y la madre de mis hijos; borro así una pintura con otra, y cubro con lo presente lo pasado. Así llevamos á un caballo asustadizo al objeto que le espanta, para que le pierda el miedo. Lo mismo se ha de hacer con estos mozos, cuya imaginación, cuando ya se ha resfriado su corazón, todavía arde, y les representa desde léjos monstruos que se desaparecen al punto que á ellos se acercan.

Creo que conozco bien las fuerzas de uno y otro, y solo los espongo á pruebas á que pueden resistir, porque no consiste la prudencia en tomar indistintamente todo género de precauciones, sino en elegir las que sean útiles, y omitir las superfluas. Los ocho dias que voy á dejarlos juntos bastarán acaso para enseñarles á distinguir sus verdaderos afectos, y conocer lo que son realmente uno para con otro. Cuanto mas se vieren á solas, mas facilmente caerán en su equivocación, comparando lo que sientan,



con lo que en otro tiempo, en semejante situación, hubieran sentido. Añada Vm. que les importa acostumbrarse sin riesgo á la intimidad en que necesariamente han de vivir, si se realizan mis ideas. Por la conducta de Julia veo que le ha dado Vm. consejos que no puede ménos de seguir sin agraviarse á sí propia. ¡Que gusto fuera para mí darle esta prueba de que conozco todo cuanto vale, si fuera una muger con la cual pudiera un marido hacerse mérito de su confianza! Pero aun cuando nada hubiese adelantado con su corazón, fuera la misma su virtud; mas costosa le sería, pero vencería, en vez de que si hoy le queda alguna pena interior que padecer, solo puede ser la ternura de una convencion de reminiscencia, que sabrá muy bien antever, y que siempre evitará. Ya ve Vm. pues que no ha de juzgarse de mi conducta por las reglas ordinarias, sino por las intenciones que me la inspiran, y el carácter único de aquella con quien la observo.

A Dios, primita, hasta la vuelta. Aunque no he dado todas estas explicaciones á Julia, no exijo que le haga Vm. misterio de ellas. Mi máxima es no interponer secretos entre amigos, así estos los fio de la discrecion de Vm.; haga

de ellos el uso que le inspiren la amistad y la prudencia, que sé que todo cuanto haga será lo mejor y lo mas acertado.

~~~~~

### CARTA 15.<sup>a</sup>

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

AYER se marchó el señor de Wolmar á Etange, y apenas entiendo el estado de tristeza en que me ha dejado su ausencia, y creo que me afligiria ménos la de su muger que la suya. Me hallo mas violento que cuando estoy en su presencia; reyna en el hondo de mi corazón un mustio silencio; sofoca su murmuracion un terror secreto, y ménos agitado de deseos que de sustos, padezco los terrores del delito, sin las tentaciones de cometerle.

¿Sabe Vm., Milord, donde alienta mi alma y pierde estos indignos miedos? junto á la señora de Wolmar. Así que me acerco á ella, su vista calma mi turbacion, y sus miradas apuran mi corazón. Tanto es el ascendiente del suyo que parece que siempre inspira á los



demas la conciencia de su inocencia; y la tranquilidad que es su fruto. Por mi desdicha su método de vida no le permite estar todo el dia en compañía de sus amigos, y en los momentos que me veo precisado á pasar sin verla ménos padecería si estuviese mas desviado de ella.

Lo que tambien contribuye á mantener la melancolia de que me siento abrumado es una conversacion que tuvo ayer conmigo, cuando se hubo ausentado su marido. Aunque hasta entónces se hubiese mantenido bastante serena le seguíó largo rato con los ojos enternecidos, cosa que al principio atribuí yo á sola la ausencia de este feliz esposo; pero en sus razones conocí que procedia esta ternura de otra causa que yo no conocia. Vm. ve como vivimos, me dijo, y sabe si le quiero; no crea sin embargo que el afecto que con él me estrecha, tan tierno y eficaz como el amor, esté sujeto á sus flaquezas. Si nos es costoso ver interrumpida la dulce costumbre de vivir juntos, nos consuela la esperanza cierta de verla en breve anudada de nuevo. Pocas vicisitudes que recelar deja un estado tan permanente; y en una ausencia de breves dias ménos sentimos la pena de tan

corto intervalo que el gusto de contemplar el próximo fin de ella. La afliccion que lee Vm. en mis ojos proviene de causa mas grave, y aunque relativa al señor de Wolmar no es la causa su ausencia.

Querido amigo mío, anadió en tono lastimado, no hay dicha verdadera en la tierra. Mi marido es el mas bondadoso, y el mas honrado de los hombres; con la obligacion que nos une se junta una inclinacion reciproca; no hay para él otros gustos que los míos; tengo hijos que solo satisfacciones prometen y dan ya á su madre; nunca hubo amiga mas tierna, mas virtuosa, mas amable que la que idolatra mi corazon, y voy á pasar mi vida con ella; Vm. propio contribuye á hacerme la mia mas grata justificando tan bien la estimacion y el cariño que le profeso; un porfiado y largo pleyto que va á concluirse traerá en breve á mis brazos al mejor de los padres; todo prospera; reynan en nuestra casa el orden y la paz; nuestros criados son fieles y zelosos; nuestros vecinos nos dan muestras del mas cordial afecto; gozamos de la benevolencia pública. Favorecida en todas cosas por el Cielo, la fortuna y los hombres, veo que todo conspira



á mi felicidad. Un pesar secreto, un pesar solo la acibara; y no soy feliz. Estas últimas palabras las pronunció con un suspiro que me traspasó el alma, y en el cual bien ví que no tenia yo parte ninguna. ¡No es feliz, dije entre mí, suspirando tambien, y no soy yo quien turba su felicidad!

En un punto trastornó esta idea fatal todas las mias, y turbó el sosiego que á disfrutar empezaba. Impaciente con la insufrible duda en que me habian dejado sus razones, tanto la insté para que acabara de manifestarme su pecho, que en fin vertió en el mio el funesto secreto, y me permitió que se le revelase á Vm..... Pero es hora de paseo. La señora de Wolmar sale ahora del gineceo á pasearse con sus hijos, y me lo envía á decir. Voy allá, Milord, le dejo á Vm. por esta vez, y difiero para otra carta el darle cuenta del asunto interrumpido en esta.

CARTA 16<sup>a</sup>.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A SU MARIDO.

TE espero el martes, como me dices, y todo lo hallarás dispuesto conforme á tus intenciones. No dejes de verte á tu vuelta con mi prima, que te dirá lo que ha sucedido en tu ausencia; mas quiero que lo sepas por ella que de mi boca.

Wolmar, es cierto que creo ser acreedora á tu estimacion; pero tu conducta no es la que conviene, y disfrutas con rigor de la virtud de tu muger.

CARTA 17<sup>a</sup>.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

QUIERO dar cuenta á Vm., Milord, de un peligro que hemos corrido estos dias pasados, y de que por fortuna hemos salido á costa del susto y algo de fatiga. Esto merece una carta